



Esteban, Ángel. *La estirpe de Babel*. Madrid: Verbum, 2017. 380 pp. ISBN-10: 8490744262; ISBN-13: 978-8490744260

Esta obra de Ángel Esteban es enigmática. Para empezar, por su misma definición genérica. Después de considerar algunas variables, creo aquello que se ajusta más a ella es asumirla como una *novela filológica*.

Su autor, prosista poderoso y fértil, es un enamorado ferviente de la literatura universal, y muy especialmente de la hispanoamericana, donde ha obsequiado numerosos frutos críticos que complementan su desempeño profesional como catedrático en la Universidad de Granada. Y nada de esto es casual, viendo su novela.

Por otro lado, también es una obra lúdica, que propone un juego con la historia y sus grandes personajes literarios a partir precisamente del pasaje bíblico de la Torre de Babel, el frustrado intento vanidoso de los hombres por equipararse con Dios ascendiendo a los cielos, condenado por éste con la confusión de las lenguas. Esto explica no sólo el título sino todo el desarrollo de la obra, que comienza en los tiempos más antiguos y llega hasta nuestra modernidad. Todo surge en Babel y origina esa *estirpe* que forman los autores de cada una de las lenguas surgidas como resultado de aquel herético empeño humano.

Sin embargo, aunque su origen es un justificado castigo divino, con la creación de las lenguas para confundir a los hombres, también de esa condena se derivan las diferentes literaturas que son –a pesar de la intención divina, o quizá no- la conquista y el obsequio de ellos pues, entre otros efectos, con estas se cantará a la gloria y la grandeza de Dios. De este modo, por una irónica parábola, el castigo se convirtió en recompensa.

Es muy difícil, si no imposible, considerar cómo podría ser la vida humana sin la expresión estética, ya que según indican las más antiguas muestras del arte rupestre, acompaña el desarrollo de la civilización desde fecha muy temprana y como esto resulta exclusivo de su especie, debe asumirse como innata: nadie les enseñó a los hombres que pintaron las paredes de las grutas ancestrales, pues ese sentimiento ya lo llevaban dentro, quizá mezclado con un sentido mágico, como parte de su misma esencia humana, la cual los iría diferenciando cada vez más de otros seres animados. Es evidente que el hombre es el único ser vivo que crea arte como resultado de su voluntad creadora, y hasta es capaz de asociarse con otros para ello.

La historia de esta novela comienza con la sorpresa de su protagonista y relator, al descubrir que un buen día ya no entiende a sus semejantes: es un joven babilonio llamado Palim, quien procede de una familia de constructores y, por ser el sexto de su linaje, se llama Palim VI. Pero este nombre trae su trampa, pues al leerlo con los dos términos como una frase se convierte en *palimpsesto*, es decir, ese escrito antiguo donde las capas de escrituras se van superponiendo en una amalgama compacta, con un resultado enigmático y apenas descifrable. Y en ese mismo nombre se fijará su destino: él, Palim VI, será su propio *palimpsesto*. Y como es un ser condenado a la vida eterna para dar testimonio del castigo divino, su oficio inicial será el de un *jugador con las letras y las palabras*; es decir, maestro de un ejercicio de agudeza y arte de ingenio que precisamente de él recibe su nombre inaugural: *palindromista*. Es decir, los *dromos* –carreras o juegos- de *Palim* (que significa en griego *de nuevo, otra vez*), quien por su dominio sobre ellas será su “*Dromador*”, quien las *dromine*. Por ser *Palim* (otra vez) deberá repetirse múltiples veces en su vida eterna y permanecer siempre como un joven de aparentes 30 años.

Debe notarse que se trata de una obra literaria peculiar, porque su materia, su misma esencia, es la propia literatura. Es, por así decirlo, *una novela sobre la literatura*. Todo lo demás (personajes, épocas, escenarios, situaciones) es un pretexto adecuadamente articulado dentro de una sucesión de tres mil años, para exponer el propósito central: un gran curso de literatura universal; pero tampoco es sólo eso.

Como tengo el privilegio de tener dos grandes amigos palindromistas, sé –porque lo he visto- que sus cerebros no funcionan como los del resto de los humanos, actividad que realizan de una forma misteriosa y especial, muy enigmática: reciben las palabras por vía oral, pero mentalmente las vuelven al revés, como parece que “las ven”. Contemplan gráficamente el discurso de igual forma que Da Vinci escribía, como si tuvieran un espejo incrustado en su cerebro.

Esta obra es evidentemente un formidable ejercicio estilístico y lingüístico, que también está repleta de humor. El hecho de que en la confusión babélica surjan los idiomas, entre ellos uno atroz y casi impronunciable, dando a entender que se trata del *vascuence*, resulta delicioso, aunque podría incomodar a algunos.

Se manifiesta un dominio arqueológico del autor a través de su dilatada trama de casi 400 páginas muy bien amarradas. Queda claro que el autor es un erudito, íntimo conocedor de los rincones literarios, que emplea todos sus recursos y caudales con el propósito de concebir y compartir una obra que aspira a ser definitiva y completa en sí misma.

Para poder ser el protagonista de esta novela que, además de filológica es también histórica, el autor decidió que Palim fuera inmortal, por una magia no explicada, sino supuesta, como el jorobado Duque de Orsini en *Bomarzo* de Mújica Láinez (también en *El escarabajo*), y el Joseph Cartaphilus de *Mis dos mil primeros años*, de George Sylvester

Viereck y Paul Eldridge. De todos los posibles modelos que reproducen en esencia el ancestral arquetipo de *El Judío errante*, que en este caso sería *El Babilonio viajero*, provienen de aquel *Ahasverus* o *Asuero* bíblico, recogido como fecha más antigua por el padre Benito Feijoo bajo el nombre de *Mateo de París*, pero que tiene una amplia descendencia literaria. Sin embargo, por el rasgo de mantener permanentemente su edad aparente de 30 años, parece que el modelo es el protagonista de *Mis dos mil primeros años*, Joseph Cartaphilus.

El narrador no sólo es el protagonista sino también el *Testigo Eterno*. En realidad, no ha sido “condenado” por ninguna falta, sin que resultó de cierta forma “bendecido” por la posibilidad de conocer la historia de primera mano desde sus orígenes. El joven se aprovecha de esta bendición para su invencible empeño de enriquecimiento personal, pero no de bienes materiales, sino de los tesoros magníficos del espíritu, convertidos en literatura.

La estirpe de Babel es una novela maciza pero no densa, porque está muy bien trenzada, y la extensión de sus capítulos se encuentra atinadamente contenida dentro de la prudencia cortés hacia el lector. Es erudita pero no pedante, pues la información que contiene se descubre a través de ella, respaldando su acción, sin exhibirse de manera molesta y chocante. Es reflexiva y especulativa, además de humorística, escrita con una fina ironía subyacente.

La graciosa excepcionalidad concedida a Palim VI le permite conocer y hablar con Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare y otros grandes autores, y así hasta llegar a Jorge Luis Borges. Es un interlocutor de primer nivel, pues, aunque se desempeñe ocasionalmente como vendedor de alfombras, escenógrafo, decorador o simple comerciante, es esencialmente un literato, un hombre que nació entre palabras que son sus signos cabalísticos más definitivos, aquellos que marcan y fijan su existencia.

Si nos atenemos al postulado clásico expuesto por Stendhal que toda novela para serlo, debe ser un viaje, y que al narrador corresponde el oficio de pasear un espejo por ese camino, *La estirpe de Babel* de Esteban lo es del modo más extraordinario. Se trata de un viaje espacial, geográfico (Babilonia, Grecia, Roma, Florencia, Sevilla...) a la vez que temporal, desde aquellos días del Antiguo Testamento hasta nuestra contemporaneidad. Y si agregamos la dimensión literaria, también es un viaje de la imaginación.

Todos los escritores con quienes Palim sostiene sus conversaciones son sorprendidos en los momentos claves de su creación: Virgilio cuando compone la *Eneida*; Dante, su *Comedia*; y en una conversación con Cervantes estando ambos en la cárcel, surge el argumento de *El Quijote* y las novelas insertas en su trama, como la de *El curioso impertinente*. De este modo, Palim influye en esa historia literaria y se acomoda entre los creadores: testigo y actor a la par.

Es lamentable, pero posiblemente tenga cierta explicación, que esta obra no haya recibido la atención necesaria. Quizá su volumen (casi 400 páginas) en estos tiempos de 14 caracteres, de lecturas veloces y breves, conspira para ser una lectura masiva, y menos

si no tiene el respaldo de una campaña publicitaria como ya casi es obligado realizar. Y es que las novelas requieren de tiempo y reposo, dedicación y entrega, no sólo para escribirlas, sino también para leerlas. Quienes se aventuren y se apliquen en ella, recibirán el premio de su tesoro literario, que al igual que a su protagonista, los hará inmensamente más ricos.

Al ser un *Testigo del Tiempo*, Palim cuenta con un valor crítico excepcional: es un maestro que empezó su propio aprendizaje con el mismo origen de la Humanidad, y ha presenciado los grandes instantes literarios de ella, gracias a su don divino. De esta suerte, su narración es un curso literario universal sintético que puede valorar y concebir la historia como un todo, un *continuum*, y no en partes aisladas.

Algo que resulta evidente, y se comparte con el lector, es el gozo del escritor al realizar su novela. Eso se advierte claramente y se traduce en frecuentes guiños pícaros, complicidades intertextuales, juegos de palabras, y *calemboures*, que por otra parte resultan tan gratos a este atípico catedrático universitario español.

Enfrentados a su estructura y desarrollo, cabe preguntarse para definir mejor su alcance y destino como una obra de intención *meta-literaria*: ¿es una clásica novela didáctica? ¿es una utilitaria novela pedagógica? ¿es una sorprendente novela como instrumento de promoción de la lectura desde la lectura misma? Puede ser todo eso y algo más. Ella es una obra dentro de la literatura fantástica, pero también tiene visos de histórica. Es un *melange*, que se ciñe a varias propuestas de la posmodernidad, aunque la rebasa.

Palim Sexto como personaje indica una constante superposición de experiencias, una reescritura permanente de su insólita vida, una sucesión de capas de conocimiento que se van acumulando en cada vivencia y dejan su saldo: “*Cada día soy más rico*”. El pergamino que le obsequió su padre, donde escribe que es un *Libro de Cuentas*, pasa a ser símbolo de lo que será su vida, como aquella piel de zapa (u onagro) balzaciana que, lejos de encogerse, se expande más cada vez. Debido a que Palim no sólo es observador pasivo sino intérprete de la historia, tampoco es casual que casi siempre se vincule con el teatro, desde su inicial encuentro con Homero.

Palim es el puente necesario y traducible entre el pasado y el presente, y eso le permite el ejercicio crítico de un conocimiento no sólo literario sino además vivencial: con cada etapa transcurrida, madura más como persona y como lector.

Este viajero sorprende a sus interlocutores en momentos claves de su vida y su creación, cuando deben tomar grandes decisiones, y todos los genios literarios que se nos presentan tiene en común, además de su talento, graves problemas prácticos, materiales y personales, como seres eminente y profundamente trastornados. Considerarlos desde esta visión doméstica nos acerca a ellos, a tantos otros como nosotros.

Palim evoluciona desde *palindromista* a taquígrafo y mecanógrafo, adecuándose a las sucesivas etapas tecnológicas de su dilatada vida. Todas sus experiencias personales

lo conmueven y engrandecen, por lo cual al final de cada capítulo-semblanza, apunta con su punzón en el pergamino obsequiado por el padre, como el cumplimiento de un destino, “hoy soy inmensamente más rico”. Y ahí se exalta cómo la literatura y el íntimo gozo del conocimiento, es el mejor y más perdurable tesoro de la humanidad.

En cada uno de sus encuentros con grandes escritores de la historia, Palim aborda aspectos puntuales de la creación. En el que corresponde a James Joyce, el asunto central es el amor por la palabra en sí misma, como una resurrección de aquel nominalismo medieval que fijaron Guillermo de Occam y otros. En ocasiones como ésta, el propio Esteban no pudo menos que manifestarse subconscientemente, al referir la crisis religiosa del autor irlandés. Así, cada capítulo es una proyección –y qué decir del gravitante Sigmund Freud, a lo largo de la novela–; sin embargo, cada sesión de revelaciones y búsquedas se desarrolla con la suavidad de un evento doméstico, dejando fluir las conciencias de los convocados.

En su conjunto y en cada una de sus partes, *La estirpe de Babel* es una formidable reconstrucción arqueológica y de investigación de personajes, épocas, escenarios y eventos. Cumple en tanto novela histórica con aquello que señalaron Saint Beuve en Francia y José María Heredia en México, siguiendo el modelo del *Cinq Mars* de Alfred De Vigny, de una trama histórica con personajes históricos en circunstancias rigurosamente históricas, aunque sólo el protagonista como recurso de continuidad es la única figura ficticia dentro del conjunto. También, como herencia del siglo XVIII, es una *novela de ideas*. Se trata de un admirable y sorprendente ejemplo en esta época nuestra donde todo se da ya por supuesto, aprendido e incuestionable, de aquella categoría novelística que en 1819 nombró Johann Morgenstern como *Bildungsroman*, o novela de formación y aprendizaje.

La estirpe de Babel es el aprendizaje de su protagonista Palim a través de los grandes maestros que han ido modelando su personalidad, su sensibilidad, su conocimiento del mundo, y su trayectoria humana dilatada por treinta siglos. Cuenta también con su *acta de examen*: es esa nota que apunta en el pergamino paterno, cuando evalúa a cada uno de sus maestros, confesándose espiritualmente cada vez más rico, en un proceso de depuración y elevación.

No es hasta el capítulo dedicado a Franz Kafka cuando el autor aprovecha para desglosar la razón del título. El judío Kafka es el más cercano culturalmente al babilonio Palim y logra abrirse con él en una relación de confianzas:

...Lo más interesante de todo es que, gracias a ese pecado, las lenguas han dado una riqueza al universo y a la historia que habría sido imposible si todo el mundo hablara y escribiera sólo hebreo y arameo. La estirpe de Babel, es decir, la idea de que sin lenguas no habría habido literaturas, es quizá una de las grandes riquezas de la humanidad, más que el oro de Perú

o el caucho de África. ¿Te imaginas a un Shakespeare en otro idioma que no sea el inglés? ¿O a un Cervantes ajeno al español? ¿O a un Dostoievski sin la cadencia abrupta del ruso? ... (278-79).

Leer esta novela es el equivalente individual e íntimo de recibir un ameno y sucinto curso de literatura universal. Es divertida, pero también didáctica: ilustra al lector, como aquellas ideales novelas del siglo XVIII que se movían por un interés pedagógico y moralizante, con un compromiso de mejoramiento social. En ese sentido, es igualmente una novela antigua.

La estirpe de Babel resulta perfecta para esos “círculos de lectura” o “clubes de libros” que necesitan del intercambio de interpretaciones. Cada uno de sus capítulos – autores– cubre una sesión completa de debate en sí mismos. El carácter paisajístico de la novela confirma su condición de un grato viaje: la movilidad de escenarios que recorre el ubicuo protagonista lleva a los lectores desde su lejana y natal Babilonia a través de Florencia, Madrid, Londres, París, Moscú y Nueva York, hasta llegar... a Granada, donde reside y labora su autor.

Palim prosigue su recorrido, como babilonio vagando por los siglos, hasta que, después de William Faulkner el círculo se cierra (¿o se abre?) con Jorge Luis Borges. Es significativo que esta historia comienza con un ciego y termina con otro. No obstante, ambos son *ciegos luminosos*, poseedores de una mirada certera. Esto sucede, obligadamente, en Granada, donde ya sabemos desde una antigua profecía poética que “todo puede ocurrir en Granada”. Allí, ya se ha dicho, cantará por vez postrera en el fin de los tiempos el último ruiñeñor del universo, frente a los muros dorados de la Alhambra, mientras el postrer sol de la historia se hunde en el horizonte de la vega granadina.

La historia que comenzó en Babel, monumento inacabado de la soberbia humana, culmina en Granada y la Alhambra, pieza magistral de la voluntad creativa del ser humano a su escala, para ejemplo y asombro de todos los siguientes. La trunca torre mesopotámica intentada por el altivo Nemrod, se culmina en la altiva alcazaba de la ciudad del desventurado Boabdil. Una abre y otra cierra la elipsis de la novela. La fábula que comenzó en la disoluta Babilonia con el inicio de los tiempos, debía cerrar, fatal y poéticamente, en la tierra de los Abencerrajes.

Se siente y conmueve el amor del autor Ángel Esteban por la tierra que escogió para levantar su hogar: aunque transmutado en Palim eterno, no deja de ser humano, y hasta se permite el guiño cómplice de aludir a una “casa blanca de la Puerta de Elvira donde vive un profesor”, y lugar donde quizá comenzó su labor escrituraria.

El broche diamantino de esta historia de aventuras milenarias, debía ser en Granada. Allí, en un patio de los palacios del Generalife, al pie de un ciprés opulento,

nació la nueva poesía española, del encuentro memorable entre Andrea Navaghiero y Juan Boscán, cuando hablaron de las nuevas trovas “al itálico modo”. Además, porque está hecha a la medida de Borges, el luminoso e iluminado invidente.

Dos grandes deudas con México tiene la hermosa ciudad andaluza: las campanas del ayuntamiento mexicano repican cada hora los acordes de una melodía, por todas partes nos salta la frase omnipresente, desde la plaza de la catedral hasta el más humilde platillo: “Granada” de Agustín Lara, y aquellos versos de otro poeta enamorado, Francisco de Asís de Icaza, que paseaba por allí con su reciente esposa:

Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Allí, al pie de la enhiesta *Torre de la Vela*, donde un mexicano enamorado dejó su piropo para la ciudad de la belleza y otro le cinceló melodías inmortales, cierra su ciclo Palim Sexto, desde su lejana y derruida *Torre de Babel*, por la magia evocativa de un nuevo soñador del siglo XXI... en Granada.

El lector, como hacía en su pergamino paterno el siempre joven y tan anciano Palim VI, puede escribir en su memoria, al terminar de leer este libro: “Nadie es mejor que nadie. Hoy soy inmensamente rico”.

Alejandro González Acosta

*Instituto de Investigaciones Bibliográficas
(Biblioteca y Hemeroteca Nacionales), UNAM, México*